



SAN JOHN HENRY NEWMAN

Introducción para lectores españoles

Selección, comentarios y traducción de
RAFAEL DÍAZ RIERA

SEKOTIA
EDITORIAL

Narrativa con Valores

Introducción a la vida y a los escritos de
SAN JOHN HENRY NEWMAN

Rafael Díaz Riera

2019

JOHN HENRY NEWMAN O LA PRIMACÍA DE LA VERDADERA CONCIENCIA

Santiago Martín, F M

No soy un especialista en la vida y obra del cardenal John Henry Newman. Me cuento, eso sí, entre los muchos que han leído algunas de sus obras –*Carta al duque de Norfolk, Apología¹ pro vita sua, El asentimiento religioso y Calixta*–. Y, sobre todo, estoy en el también numeroso grupo de los que hemos sido tocados en el alma por la gracia del Espíritu que se cuela a chorros a través de las rendijas de sus palabras.

Me imagino que, también como a muchos, la obra que más impacto me causó fue *Apología pro vita sua*. Como si fueran unas nuevas *Confesiones de San Agustín*, pero escritas desde la humildad de aquel que ha decidido decir basta a los insultos que recibe, y no por no querer asumirlos con alegría, sino porque estaban haciendo daño a los que creían en él y a la Iglesia a la que se acababa de adherir.

¹ Como entiendo que el título está en latín, omito el acento, inexistente en esa lengua. No obstante, algunas editoriales han castellanizado la palabra y utilizan *Apología*. Cuando cito esas obras en la bibliografía, me atengo al acento.

Newman deja en su *Apologia* que salga el genio literario que lleva dentro y que lo haga como él era: sin violencia. Se defiende sin atacar. Dice que se ha hecho católico porque se ha convencido de que el anglicanismo no era la Iglesia en la que habitaba la plenitud de la Revelación, pero lo dice de tal modo que no ofende a los anglicanos a los que rechaza. Ese era su don: afirmar sin herir, defender sin hacer daño al que le había herido a él primero. En sus páginas queda claro que si alguien, alguna vez, sufrió al abandonar la religión en la que participaba fue él mismo. Su amor a la Iglesia anglicana era tal que hubiera dado cualquier cosa por no tener que abandonarla. Hubiera dado cualquier cosa menos una: la fidelidad a Cristo y a su propia conciencia.

Como es sabido, la obra fue publicada en 1864 como respuesta a las críticas cargadas de mala fe y de prejuicios de Charles Kingsley. Novelista inglés, hijo de un pastor anglicano y él mismo pastor, estaba en su apogeo de popularidad cuando decidió atacar a Newman, poniendo en duda su honradez a la hora de convertirse, y de paso lanzar duras críticas contra la Iglesia católica, hacia la cual sentía una profunda aversión. Claro que no solo sentía rechazo por la Iglesia sino por aquellos que, de manera más próxima a él, la representaban: los conversos como Newman y los irlandeses. Es famosa la descripción que hizo de Irlanda después de visitar ese país, en ese momento colonia sojuzgada durísimamente por Inglaterra: “Me persigue a menudo el recuerdo de los chimpancés humanos que vi a través de los cientos de millas de aquel país horrible. No creo que ellos sean nuestra culpa. No creo que no sean muchos, como antes, pero son más felices, mejores, cómodamente alimentados y alojados sobre nuestro yugo de lo que alguna vez lo fueron. Pero el ver chimpancés blancos es terrible; si tan solo fueran negros, uno no lo sentiría tanto, pero sus pieles, excepto aquellos lugares bronceados por la exposición, son exactamente tan blancas como las nuestras”.

El genio y la santidad de Newman estuvo en responder al que denominaba a los católicos irlandeses “chimpancés blancos” sin dejarse arrastrar ni por la rabia ni por la polémica. Se limitó a abrir de par en par su alma, para que todos, incluso la gente como Kingsley, pudieran verla y juzgar por sí mismos.

En cuanto al contenido teológico de la obra, tan importante como el emocional y biográfico, hay que decir que Newman refleja en su *Apologia* lo más característico de su pensamiento: la primacía de la conciencia, de una conciencia que busca honestamente la voluntad de Dios y que, cuando discierne cuál es, no duda en sacrificarlo todo a su cumplimiento.

Así lo entendió el Papa Benedicto XVI, que fue quien lo beatificó en 2010, y que en 1990 había escrito el prólogo a una edición más de la *Apologia*, en el que se refería a la influencia que en él había tenido el famoso converso cuando era un estudiante de Teología, apenas terminada la segunda guerra mundial. “De Newman aprendimos a comprender el primado del Papa. Libertad de conciencia, nos decía Newman, no equivale a tener derecho “a prescindir de la conciencia, a ignorar al Legislador y Juez, a ser independiente de obligaciones invisibles”. Por tanto, la conciencia en su verdadero sentido es la piedra angular de la autoridad papal; su poder procede de una revelación que completa la conciencia natural, la cual está imperfectamente iluminada, y “la defensa de la ley moral y de la conciencia es su razón de ser”. No necesito mencionar explícitamente que esta enseñanza sobre la conciencia ha llegado a ser cada vez más importante para mí en el desarrollo continuo de la Iglesia y del mundo. Veo cada vez con más claridad cómo está en el frontispicio de la biografía del cardenal, que debe ser entendida únicamente en conexión con el drama de su siglo, para que de esta forma pueda hablarnos a nosotros. Newman llegó a la conversión en su calidad de hombre de conciencia; fue su conciencia la que le llevó a salir de las viejas ataduras y seguridades, conduciéndole al mundo del catolicismo, que era algo tan difícil y extraño para él. Pero este camino de la conciencia es todo menos una senda de subjetividad autosuficiente: es un camino de obediencia a la verdad objetiva”.

Por eso sigue siendo tan importante Newman. Porque hoy todo vuelve a girar en torno a la conciencia, pero entendida ésta de una forma tan equivocada que llega a ser perversa. Apelar a la primacía de la conciencia se ha convertido hoy en el estribillo que usan aquellos que enarbolan la bandera del relativismo moral —y que pasan rápidamente a desenvainar la espada de la dictadura del re-

lativismo, para cargar contra los pocos que siguen defendiendo la posibilidad de conocer la verdad de manera objetiva y no sólo subjetivamente—. Se dice que la conciencia es la norma suprema de decisión, pero se afirma eso y se entiende como si, además, fuera la norma última, la norma que se hace a sí misma o que, como mucho, escucha otras voces distintas de la suya —entre ellas la del Magisterio— para después hacer su propio juicio moral. Esa no era la primacía de la conciencia de la que hablaba Newman. En uno de sus primeros “Sermones” escribía: “El verdadero cristianismo aparece (...) en la obediencia y no a través de un estado de conciencia. Por tanto, toda la obligación y todo el trabajo de un cristiano está compuesto de estas dos partes: Fe y obediencia; mirar a Jesús (Hb. 2, 9) (...) y actuar según su voluntad (...) Pienso que estamos en peligro en estos días al no insistir en todo esto como debiéramos; considerando cualquier apreciación verdadera y cuidadosa del objeto de la fe como estéril ortodoxia, técnica sutileza (...) y (...) convirtiendo en test de nuestro ser religioso si tenemos o no lo que se suele llamar un estado espiritual del corazón”.

Newman, el que dejó lo que más quería en este mundo —la Iglesia anglicana— por ser fiel a quien más quería —Jesucristo— es el campeón de la verdadera fidelidad a la conciencia. A una conciencia rectamente formada y no a ese sucedáneo de conciencia que se forma a base de engañarse a uno mismo para hacer lo que se quiere hacer sin tener problemas morales que te amarguen la fiesta. Esa conciencia fiel y honesta sí que es guía segura en la vida. Nada más alejado del relativismo que ella. De su primacía se puede decir lo que el propio Newman escribió en su Carta al Duque de Norfolk: “Ciertamente si yo pudiese brindar por la religión después de una comida, lo que no es muy indicado hacer, brindaría por el Papa. Pero antes por la conciencia y luego por el Papa”. O, como diría otro genial converso, Chesterton: “La Iglesia nos pide que al entrar en ella nos quitemos el sombrero, no la cabeza”.

ABREVIATURAS

Apo Apologia pro Vita Sua, Ediciones Encuentro, Madrid

Idea (The Idea of a University) *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la enseñanza universitaria*, Eunsa, Pamplona

LG *Perder y ganar*: historia de una conversión, Ediciones Encuentro, Madrid

PS *Sermones Parroquiales*, Ediciones Encuentro, Madrid, 7 volúmenes.

Dev. *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*. Universidad Pontificia de Salamanca

CS *Catholic Sermons of Cardinal Newman*, tomados de *Blessed John Henry Newman Collection*, London, Aeterna Press, Burns, Oates & Co (2014)

Tim Lefebvre, Philippe & Mason, Colin: *John Henry Newman in His Time*, London, Family Press. (2007)

Scr Revista *Scripta Theologica*, Volumen 22 /Fac. 3/ Año 1990

Bastantes citas las he tomado del libro de Ian Ker: *John Henry Newman. Una biografía*, Madrid, Editorial Palabra, proceden de las siguientes fuentes que él menciona en sus ediciones originales.

AW John Henry Newman: *Autobiographical Writings*, ed. Henry Tristram (Londres y Nueva York, 1956). (Escritos autobiográficos)

L & D *The Letters and Diaries of John Henry Newman*, ed. Charles Stephen Des-sain et al., vols. I–VI (Oxford 1978–1984), XI–XXII (Londres 1961– 1972), XXIII–XXXI (Oxford 1973–1977)

Prepos. *Present Position of Catholics in England*

TT *Tracts Theological and Ecclesiastical*

US *Quince sermones predicados en la Universidad de Oxford* (Sermones universitarios)

VMI, II *The Via Media*, 2 vols.

ÍNDICE

John Henry Newman o la primacía de la verdadera conciencia	7
Abreviaturas	11
Cronología.....	17
Prefacio y agradecimientos del autor	21
PRIMERA PARTE	23
Las luces de Trafalgar	25
La escuela de Ealing	29
Oxford: “Dominus illuminatio mea”	35
Vivir y morir en un college.....	36
¿De qué hablamos cuando decimos college?	37
Graduado en busca de una carrera académica	41
Presbítero anglicano.....	47
Semblanza	53
Las raíces del anti-catolicismo y origen de la Iglesia de Inglaterra.....	57
Las denominaciones anglicanas: high, low y demás... ..	69

El viaje al Mediterráneo.....	73
El autor de sermones.....	77
El Movimiento de Oxford y la Vía Media.....	83
Del verano de 1839 a octubre de 1845.....	95
Primer golpe: Roma en la controversia monofisita	102
Segundo golpe: condena del tracto 90 y caza de brujas	102
Tercer golpe: el obispado anglicano en Jerusalén.....	104
El libro <i>Desarrollo de la doctrina cristiana</i>	111
Contando los días para ser recibido en la Iglesia Católica.....	115
SEGUNDA PARTE.....	117
Los primeros años de Newman como católico	119
La restauración de la jerarquía católica en el Reino Unido	123
El caso Achilli	127
Newman educador	131
La Universidad Católica de Dublín	131
La escuela del Oratorio en Edgbaston	137
<i>The Rambler</i>	141
Newman escritor.	145
Newman poeta	148
Novelista.....	150
<i>Apologia pro vita sua: historia de mis opiniones religiosas</i>	153
La Misión en Oxford.....	155
Ultramontanismo y liberalismo.....	161
<i>Carta al Duque de Norfolk</i>	167
Fellow honorario del Trinity	169
Cardenal	171
Muerte y legado	175

La herencia de Newman.....	177
ANTOLOGÍA DE TEXTOS.....	179
<i>Apolonio de Tiana</i>	181
<i>Basilio y Gregorio</i>	201
Agustín y los vándalos	211
Sermones parroquiales	235
<i>Saúl</i>	237
<i>Los primeros años de David</i>	249
<i>Obediencia sin amor: el caso de Balam y su carácter</i>	263
<i>Separarse de los amigos</i>	279
SERMONES CATÓLICOS	291
<i>Las llamadas de la gracia</i>	293
Poemas de John Henry Newman	301
<i>The Pillar of The Cloud</i>	302
<i>Snapdragon: A Riddle for a Flower Book</i>	304
<i>Solitude</i>	310
Relación completa de las obras de Newman con sus ediciones recientes en castellano.....	312
Obras en español que espigan y recolectan textos de Newman.....	316
BIBLIOGRAFÍA.....	158

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS DEL AUTOR

Desconfiaba de los milagros. No apreciaba el culto de los santos. Odiaba a la Iglesia de Roma. No tuvo fenómenos místicos. Su madre era hugonote. Pasó por varios partidos y confesiones religiosas y fue mal visto por las autoridades de todas ellas. Lo denunciaron al Santo Oficio, vulgo: Tribunal de la Inquisición. Vivió en el éxito de la celebridad y en el ostracismo. Pasó de ser Vicecanciller de una universidad a director de escuela en una barriada. Y sin embargo, a pesar de todas estas cosas que pesan poco o nada, o perjudican un proceso de canonización, murió como cardenal, y hoy es santo y se le atribuyen varios milagros.

Las páginas siguientes intentan explicar al lector español del tiempo de la postverdad y de las *fakenews* que no hace demasiado tiempo, había en el planeta hombres inteligentes que eran capaces de jugarse el futuro por lo que, en conciencia, veían que era verdad. Hombres apasionados, amantes de la verdad, que cortejaban la luz de la conciencia como se corteja un objeto delicado y no querían, por nada del mundo, pecar contra ella.

Esos hombres vivieron en un suelo social, tuvieron sus raíces en un pasado concreto, sobre ellos también soplaban los vendavales de la historia. Ese cómo, esos qué, esos cuándo tienen que ser expuestos aunque sea en forma de semillas que nos introduzcan en el pensamiento de un hombre de muy sutiles frutos, un hombre que siempre resucita en sus escritos.

Con John Henry Cardinal Newman se conversa a través de sus textos. Los hemos espigado, a través de la cincuentena de libros que escribió. Puede que no sean los mejores, puede que algunos ya los conozca el lector porque han sido traducidos por otros y han aparecido en otras colecciones, pero sirven para introducirnos en la escritura de un hombre que siempre deja sugerencias.

A mí me lo descubrieron varios newmanianos con los que estoy en deuda. El más grande de ellos es, sin duda, don José Morales, profesor de Teología en la UDEN, autor de una biografía sobre nuestro personaje que fue publicada por la editorial Rialp y también autor de muchas traducciones que trasladó en solitario o con la colaboración del catedrático don Víctor García Ruiz. A este último le debemos la versión castellana de la mayoría de los *Sermones Parroquiales* publicados por la editorial Encuentro, le debemos los prólogos e introducciones de los mismos, y lo que su mano dejó en la *Apología pro Vita Sua* y la *Carta al duque de Norfolk* que versionó con don José Morales. Por supuesto, quien quiera escribir seriamente sobre la vida de John Henry Newman, tiene que leer la biografía de Ian Ker publicada por la editorial Palabra, una obra que corona el trabajo de una vida y la lectura de decenas de miles de textos, no es exageración, pues solo las cartas y diarios suman treinta y un volúmenes. Su traductora al español, la mejicana Rosario Athié, no debe ser olvidada en nuestros agradecimientos. Después de ellos, el público hispano parlante cuenta con el trabajo de Casimiro Jiménez Mejía y con las publicaciones en catalán de Valencia, del Centre Newman. En la bibliografía menciono también el trabajo de Father Juan Vélez y algunas otras traducciones en lengua española bastante más antiguas.

PRIMERA PARTE

LAS LUCES DE TRAFALGAR

A finales de octubre de 1805, el pequeño John Henry, tumbado en su cama, veía las ventanas del barrio de Bloomsbury que esa noche estaban iluminadas con velas y candelabros para celebrar la victoria que el almirante Nelson acababa de obtener sobre la flota franco-española en el cabo de Trafalgar.

El Imperio Británico era en esos días una próspera colonia azucarera (Jamaica), varias improductivas y pequeñas islas del arco antillano, los eriales del oriente de Canadá y una colonia penal en la bahía de Sídney. Es verdad que una compañía privada, la *East India Company*, ponía y quitaba marajás en el subcontinente Indio, pero no fue hasta 1857, después de la famosa rebelión de los cipayos, cuando esa riquísima porción de Asia empezó a depender directamente del gobierno de Londres y a convertirse, de *iure* y de *facto*, en imperio.

La victoria aseguraba —como anticipó el ministro John Jervis— que si Napoleón quería invadir la isla, 'no lo haría por mar'. Además, a partir de esa fecha el predominio de la *Royal Navy* en los mares del mundo iba prolongarse por ciento cincuenta años y los territorios de la corona de los Hannover se extenderían hasta al-

canzar casi una cuarta parte de la tierra emergida. Por eso, aunque entonces no se pudiera adivinar el futuro, sí existía la conciencia de que algo muy importante acababa de empezar en el cabo de Trafalgar.

Esas luces son el primer recuerdo del hijo de John Newman y de Jemina (nacida Fourdrinier) y datan de cuando era una criatura de cuatro años. Se trata de un recuerdo especialmente adecuado para comenzar este esbozo biográfico, porque la imagen de la luz se aplica a la conciencia (la luz de la conciencia) y a las verdades intelectualmente percibidas (la luz de la verdad); por eso tal metáfora fue especialmente querida por alguien al que sus seguidores han llamado "doctor de la conciencia", y cuyo más famoso poema se titula "Guíame luz amable" (*Lead Me Kindly Light*). Además, confesó en su diario íntimo, en un periodo de crisis, que "nunca había pecado contra la luz". Frase impactante y muy gráfica, podría ser esculpida al pie de la estatua a la delicadeza interior.

Pero volviendo a los orígenes familiares de nuestro biografiado, nos vemos obligados a insistir en eso que Holden, en el inicio de *El guardián entre el centeno*, llamó "estupideces al estilo *David Copperfield*".

Los padres de John Henry tenían de diversos orígenes. John Newman descendía de una familia de sastres que había hecho suficiente dinero con la demanda de ropas lujosas del siglo XVIII (sedas, zarzas, algodones estampados, procedentes principalmente de la India), como para alcanzar la posición de socio propietario del pequeño banco *Newman-Ramsbottom*. En cuanto a la madre, Jemina Fourdrinier, sus ascendientes eran impresores y fabricantes de papel, fervientes hugonotes franceses que habían recalado en Holanda antes de emigrar a Londres.

Como el apellido Newman es bastante común, conviene poner en guardia al lector algo familiarizado con la lírica británica del siglo XIX, de que nuestro John Newman no tiene nada que ver con aquel John Newman que escribió el himno abolicionista "*Amazing Grace*", seis años antes –sí, ha leído bien, antes– de abandonar la trata de esclavos.

Por el contrario, varios amigos de este segundo Newman, negrero arrepentido y entregado activista del abolicionismo, sí tuvieron relación con el primer John Henry Newman que protagoniza este esbozo biográfico. Me refiero a los hijos de William Wilberforce, líder de la "secta Clapham" (o, como les llamaban sus amigos, "los santos de Clapham"), que encabezó las campañas de erradicación de la esclavitud del Imperio británico. Con el paso de los años, tanto Samuel como Henry y Robert Wilberforce fueron amigos de nuestro J. H. Newman y compañeros en la aventura del Movimiento de Oxford. Pero no adelantemos acontecimientos y volvamos al niño de cuatro años al que hemos dejado en la cama.

John Henry vio la luz por primera vez en 1801. Sus hermanos lo hicieron en 1802 (Charles), en 1803 (Harriet), en 1805 (Francis), en 1808 nace Jemina y en 1805, Mary. La suerte de los hermanos fue muy distinta a la del futuro cardenal. Charles murió agnóstico después de haber llevado una vida poco convencional. Francis enseñó latín y lenguas norteafricanas en el *University College* de Londres después de unirse a una secta evangélica y casi morir cuando enfermó de misionero en Persia. Henrieta y Jemina se casaron con los hermanos Mozley, amigos y discípulos de John Henry. Harriet retuvo a su marido, Tom, en el anglicanismo cuando parecía que iba a secundar a su cuñado en la transición a la Iglesia Católica. Jemina procuró que sus hijos se mantuvieran alejados de la influencia de su hermano converso.

En cuanto a Mary, la más pequeña, murió joven, en 1827, y fue uno de los golpes más duros que sufrió nuestro John Henry.